

INSACIABLE

Sabrina Moreira bajo el seudónimo *Floruerunt*
2° Premio

No pudo sobrellevarlo. Fue la última vez de tantas. Yacía en el suelo junto a un pequeño charco rodeado por otros ya secos tiempo atrás. Sabía que era ella, pero me resultaba difícil reconocerla por el cambio en su rostro. Ya no era dolor, no era fatiga, tampoco sufrimiento, era liberación.

Al levantarla me percaté que la suavidad de su cuerpo se había endurecido, su piel no tenía color, su mano estaba helada. No sabría decir cuántas horas pasaron, en esta oscura habitación el tiempo parece eterno, pero pequeñas ampollas brotaron donde en secreto había dejado mis besos.

Siempre creí que era idéntica a mi madre, eso era tal vez lo que la hacía tan hermosa. Pura, inocente, sumisa, ingenua. Pero la había ensuciado. Yo, con mi insaciable sed, había corrompido a mi propia creación.

Entrar en el siniestro baño me generó una sensación extrema de temor. El espejo estaba fragmentado a causa de un golpe que le había provocado por cierto enojo, produciendo que mi diabólico rostro se viera reflejado diecisiete (infinitas) veces.

Seguía sin ser consciente de cuánto tiempo había pasado. Tal vez lo que parecían semanas eran tan solo minutos. Un extraño líquido fluía desde sus lastimaduras en tanto el hedor inundaba la habitación. Bebí de aquel elixir y me perfumé con su extravagante aroma, llenando todo mi cuerpo con su esencia.

Recuerdo que, cada vez que intentaba complacerla, me miraba con desdén. Tampoco se quejaba, no tenía cómo quejarse. Siempre que iba a verla le dejaba orquídeas rojas. A veces le daba algunas amarillas, otras tantas eran blancas. Ahora lo único que podía darle eran desdichados lirios y amapolas secas.

Cuando la única que podía vernos era la luna, mi cuerpo se perdía en un frenesí de deseo, mi mente desesperaba por volver a tocarla, mi piel ansiaba su calor tanto como me estremecía de placer escuchar sus gritos de súplica. Comenzaba a asimilar que jamás volvería a tenerla para mí, y solo me quedaba con el melancólico recuerdo de que había sido mía, solo mía.

En aquellas noches, hasta las paredes con sus flébiles grietas parecían avergonzarse de mí. Temían que me llenara de cólera y volviera a lastimarlas. Pero ahora que ella ya no estaba no tenía miedo, simplemente lloraba intentando limpiar la sucia sangre que se había desparramado, violentamente sobre ellas.

Y me convertí en lo que de niño más odiaba. Pero no podía controlarlo. Como un animal que sigue sus instintos, yo sucumbía ante los impulsos de mi sangre. Y ahora no podría volver a estar completo. La necesitaba más que a nada. Respirar carecía de sentido, moverse no tenía finalidad.

La observaba cada segundo de esta inaguantable existencia que parece no acabarse. Su cuerpo inmóvil comenzó a hincharse a la vez que gusanos comían algunas partes de su cuerpo. A pesar de ello, decidí quedármela. Siempre fue y será de mi propiedad.

Una parte de mi ser se repugnaba cuando tenía pensamientos prohibidos mientras la otra los anhelaba. Quedaba sumido en una disputa sin fin, en la que siempre el deseo ganaba.

Enormes insectos se apropiaron de su cuerpo alimentándose de cada centímetro de su piel. Pero ella era mía. Solo mía. Yo era el único con derecho a tocarla. Era el único que podía besarla. Era el único que podía saborear su carne.